

mampato

M. R.

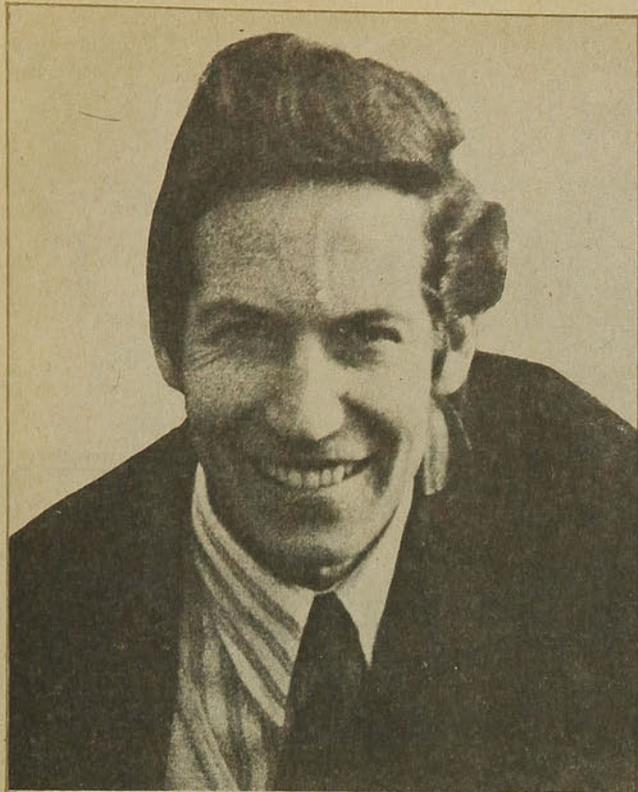
Precio \$ 5.— Recargo de Flete \$ 0,30 Precio Perú S/10.00

Año VII Nº 300 21 DE OCTUBRE DE 1975



300
NUMERO
ESPECIAL DE
ANIVERSARIO
con un
naipe de
regalo





EL HOMBRE

...era alto, de ojos azules, y siempre sonreía. Caía bien al primer golpe de vista, y estaba lleno de vitalidad y entusiasmo. Sencillo de trato, espontáneo, poseía una desbordante imaginación que no descansaba jamás. Era, en el buen sentido de la palabra, fascinante, y uno se sentía acomplejado ante él, pues disertaba con la misma facilidad sobre la historia de Grecia o los fósiles prehistóricos. Era capaz de andar mochila al hombro, para ver las ruinas de un templo, o helarse toda la noche, a varios grados bajo cero, por fotografiar un amanecer en las Torres del Paine.

Pero, sobre todo, como auténtico creador —era un dibujante y retratista excepcional— fue humilde. Sabía que el don que Dios le había entregado era gratuito, y que no tenía por qué enorgullecerse de él. Y como era un niño que se enfrentaba al mundo confiada y puramente, quiso —y lo logró— llegar a todos los niños de Chile para entregarles valores que el mundo estaba perdiendo: la amistad, la solidaridad, la generosidad, la lealtad, la rectitud moral, el patriotismo, y el amor por todas las cosas del universo y el hombre.

Y así nació MAMPATO.

EL CREADOR

Eduardo fue el creador de la revista, que inventó, página por página, en los primeros números. Y él

EDUARDO ARMSTRONG

Al celebrar el cumpleaños de MAMPATO no podemos dejar de recordar a su creador y primer director, Eduardo Armstrong. Su preocupación fue una sola: los niños. Su meta: darles lo mejor.

Estos objetivos los dejó grabados en el corazón de todos los que aquí trabajamos. Por eso, Eduardo siempre está con nosotros.

formó la base del equipo de dibujantes, diagramadores y redactores. A ella transmitió su modo de vivir las cosas, le entregó lo mejor que tenía, y le dedicó el esfuerzo de sus mejores años.

De esta manera, MAMPATO fue la primera revista chilena donde se combinaron, de manera equilibrada, el entretenimiento con la formación y el conocimiento. Éste fue el principal aporte a Chile y a los niños hispanoamericanos. Y pudo, además, entenderse profundamente con los niños porque, casado con Ester Irarrázaval, fue un padre excepcional, severo —a veces—, muy justo, siempre dispuesto a conversar y a acompañar.

Todo esto se reflejó en las páginas de MAMPATO. Fue su último hijo —de los cinco que tuvo—, y cuando murió —el 7 de noviembre de 1973, de una dolorosa enfermedad— a nuestra redacción llegaron miles de cartas de todo el país: en ellas nos manifestaban un profundo pesar por su desaparición.

Pero el espíritu que dio a MAMPATO sigue vivo como desde el primer número, a través de los directores que lo sucedieron, del personal que formó, y de los nuevos dibujantes, diagramadores y redactores que a la revista, más tarde, se incorporaron.

SU ÚLTIMA OBRA

...un día nos encontramos. Conversamos y discutimos sobre los aborígenes chilenos. Sonriendo, con

los ojos entrecerrados y chispeantes, intuía lo que podría ser una gran obra: salir en busca de los chilenos primitivos, pues los chilenos de hoy lo necesitábamos. Encontrarlos, conocerlos, amarlos, y, al hacerlos revivir o al recrearlos, entregarlos con sus grandezas y miserias, con su mensaje de siglos.

Y comenzamos la tarea.

Tardamos un año en configurarla. El libro, "Aborígenes australes de América" (Editorial Lord Cochrane, 1975), es la primera parte de aquel proyecto que él no pudo madurar completamente, pues murió casi al terminar la primera etapa de las láminas.

... CON ESA SU MARAVILLOSA IMAGINACION

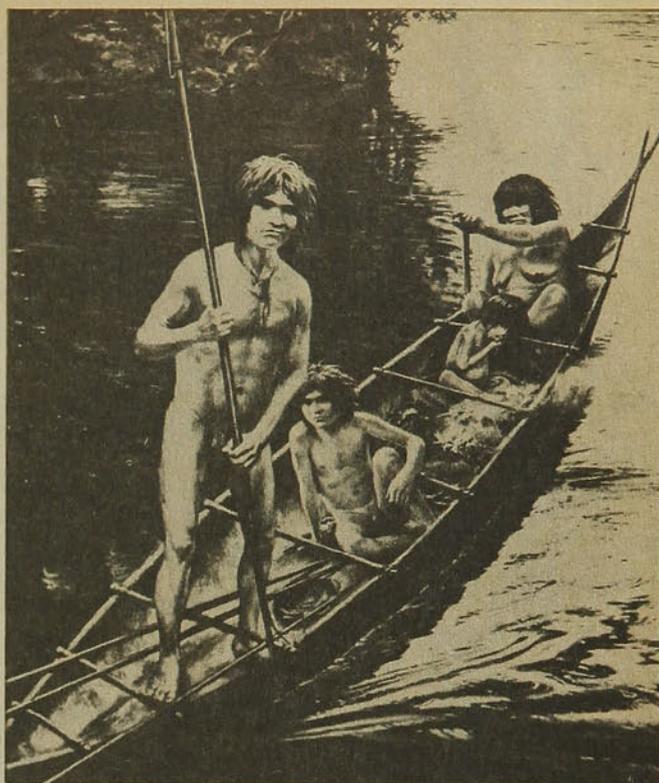
Tras un paciente estudio —a mí me correspondió investigar los antecedentes antropológicos, arqueológicos y geográficos—, se lanzaba la idea de una escena. Discutíamos cada lámina.

Un primer esbozo, bocetos, correcciones —muy pocas—, hasta que el cuadro quedaba terminado. A veces, bastaba que conversáramos sobre la escena —una somera descripción de los trajes, los movimientos, útiles, el medio natural, los árboles—, y Eduardo, con esa su maravillosa imaginación, creaba con gran rapidez un cuadro bellísimo.

NOS SUMERGIMOS EN EL TIEMPO

Decidimos contar de cada pueblo lo más importante. No era necesario repetir largas descripciones. Convenía situar a esos hombres y mujeres en su medio, de manera fiel a la realidad y a las investigaciones científicas. Sumergiéndonos en el tiempo —a través, en buena parte, de los documentos de su biblioteca— nos acercamos a aquellos que por primera vez llegaron a Magallanes. Partimos de ellos.

Acercarse a esos hombres que usaban flechas y dardos antiquísimos fue como ir descubriendo una especie humana recién salida de las manos creadoras, en la primera etapa del más primitivo nomadismo. A medida que avanzábamos, intuimos muchas cosas. Conversamos sobre ellas, acompañados de un buen trago y de cigarrillos. Descubrimos que, en el primitivo, miles



de años atrás, había miles de años de equilibrio con la naturaleza, y, también, dominio sobre ella: el justo y necesario. En cierta oportunidad, Eduardo me mostró la foto de una niña aborígen del siglo pasado. Deseaba que yo captara la ternura, la delicadeza que afloraba en el rostro de esa muchacha de doce años. Era una yámana que había sido fotografiada al sur del canal de Beagle. Tanta vida, tanto amor, tantos momentos vividos por esa niña, por esa gente, había que recuperarlos en alguna medida. Esas vidas habían sido rotas brusca y brutalmente: deportaciones, epidemias, tuberculosis, balas de fusil, estricnina, perros. Teníamos con ellos una deuda. El pago debería ser una obra hermosa. Poco antes de iniciar los dos últimos bocetos, que quedaron inconclusos, me habló de Dios con admiración, de Cristo como un personaje que él redescubría y que le resultaba increíble, de la vida como una experiencia única que había que saborear hora tras hora. Me decía que ahora comprendía todo lo maravilloso que se encerraba en las personas que lo rodeaban.

Poco después, pude acercarme a él sólo a través de Ester.

Esa ansia de lo verdadero, que siempre noté en él y que, a veces, bordeaba la angustia, debe, en estos momentos, haberse transformado en una plenitud de agua viva.

Alvaro Barros